

VIGÉSIMO QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La comparación puede insertarse en la recuperación familiar de formas que no siempre reconocemos. Escuchamos que el ser amado de otra persona ya ha aceptado la recuperación y ha empezado a reconstruir la confianza, y nos preguntamos el por qué nuestra propia situación sigue detenida. Puede ser que estemos agradecidos por su progreso, pero que todavía sintamos un dolor que subyace silenciosamente. No se nos ha quitado algo, pero las buenas noticias sobre otra persona pueden hacer que nuestra propia espera se sienta más pesada.

A través de la parábola de los trabajadores de la viña (Mateo 20:1–16), el Evangelio del domingo se refiere directamente a ese conflicto. Un propietario sale durante todo el día para invitar a la gente a trabajar. Algunos empiezan temprano. Otros se presentan mucho más tarde. Al final, cada uno recibe el mismo salario. Los trabajadores que llegaron primero no fueron engañados, pero se ofenden cuando comparan lo que recibieron con lo que se les dio a los que llegaron después.

El propietario pregunta: “¿Vas a tenerme rencor porque yo soy bueno?” (Mateo 20:15). Para los familiares y amigos, esa pregunta puede tocar una fibra sensible. Puede ser que comparemos la disposición de nuestro ser amado con la de otra persona, o que nos preguntemos el por qué otra familia parece sanar más rápido que la nuestra. Hacer comparaciones puede convertir la gracia que otra persona ha recibido en una especie de muestra de que Dios nos ha olvidado.

La primera lectura que recuerda que: “*Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, sus caminos no son mis caminos, dice el Señor.*” (Isaías 55:8). Nosotros solo vemos una parte de la historia. No sabemos lo que Dios está haciendo en el corazón de otra persona, y no podemos exigir que se sincronice con la que nosotros amamos. La recuperación familiar nos pide que dejemos de medir nuestra paz por el progreso de otra persona y que recibamos la gracia que Dios nos ofrece hoy.

Esa gracia puede no parecerse al resultado que esperábamos. Pero sí puede ser la valentía necesaria para poner un límite o la claridad para dejar de rescatar a alguien. A veces, la generosidad de Dios aparece primero en nuestra propia sanación en lugar de en el cambio que rezamos para que se produzca en otra persona.

Esto no significa que dejemos de tener esperanza por nuestro ser querido. Podemos orar, participar en nuestra propia recuperación y reaccionar cuando ocurre un cambio genuino. Pero la esperanza se vuelve más sana cuando ya no está ligada a la comparación o al control. Nosotros no tenemos que determinar que las buenas noticias de otra familia signifiquen una menor misericordia para la nuestra.

La situación de los trabajadores que llegaron más tarde también ofrece esperanza. Nadie está fuera de la invitación que Dios hace. Un ser amado puede resistirse a la ayuda durante años y luego tener disposición. Una relación que parece irreparable todavía puede causar sorpresa. No podemos exigir que estas cosas sucedan, pero tampoco debemos llegar a la conclusión de que Dios ha dejado de salir a la plaza.

En la segunda lectura, San Pablo escribe: “*Porque para mí, la vida es Cristo*” (Filipenses 1:21). La recuperación familiar, poco a poco, nos enseña que Cristo debe convertirse en el centro de nuestras propias vidas, no en la sobriedad, en las decisiones o en el cronograma. Nuestra paz se vuelve más estable cuando descansa en Él. La gratitud nos ayuda a percibir este cambio. Comenzamos a reconocer un crecimiento que antes no habíamos notado: una reacción más calmada, un límite más claro, un día que ya no está consumido por el miedo. Estos son dones actuales, incluso cuando la situación mayor sigue sin resolverse.

La generosidad de Dios hacia otra familia no disminuye Su preocupación por la nuestra. Podemos celebrar el avance de otra persona sin convertirlo en un juicio sobre nuestra propia historia.

Nuestra labor es recibir la gracia que tenemos frente a nosotros, permanecer fieles a la obra que es nuestra responsabilidad y confiar en que Dios sigue obrando donde no podemos ver.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué áreas la comparación con otra persona o familia ha hecho que tu propia situación resulte más desalentadora?
- ¿Qué gracia podría estar dándote Dios ahora mismo, aunque las circunstancias de tu ser amado no hayan cambiado como lo esperabas?
- ¿De qué manera puedes mantener la esperanza en alguien a quien amas sin necesidad de que tu paz dependa de su progreso?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 55:6–9

SAL. RESP. Salmo 145:2–3, 8–9, 17–18

SEGUNDA LECTURA Filipenses 1:20c–24, 27a

EVANGELIO Mateo 20:1–16a